
RER

Revista de Estudios Rectificados



Año 1

Número VI

Diciembre

2019



Feliz Navidad, QQ.: HH.:



RER

Revista digital sobre el Rito Escocés Rectificado

Redacción:

Caballeros del Mediodía 189

Gran Logia de España

Gran Logia Provincial de Andalucía

Dirección electrónica:

revistaestudiosrectificados@gmail.com

ÍNDICE

El Tricornio

Pág. 3

Cartas al H. . . Ajax. 2

Pág. 5

Caballería: nobleza, aristocracia y caballería

Pág. 14

La composición heráldica

Pág. 22

NOTA DE LA REDACCIÓN

La presente revista presenta en sus contenidos trabajos de reflexión personal de Hermanos que practican el Rito Escocés Rectificado. Lógicamente RER, Revista de Estudios Rectificados, no pretende ni desea que esas reflexiones la representen. Los matices que podremos observar constituyen la riqueza que aportan los Hermanos.

El Tricornio

El Hombre es el Templo de Dios. Cada uno de nosotros somos una piedra que hay que desbastar primero para luego pulir. La Regla Masónica al uso en las Logias Rectificadas nos habla con claridad de la naturaleza de esa piedra bruta: “Tu alma es la piedra bruta que es necesario desbastar: ofrece a la Divinidad el homenaje de tus sentimientos ordenados y tus pasiones vencidas”. Se cuenta que un día le preguntaron a Miguel Ángel cómo hacía para esculpir unas estatuas tan bellas, a lo que respondió: “Sólo quito aquello que sobra del bloque de mármol para sacar la figura que yace en su interior”. Algo así es el trabajo que se nos encomienda.

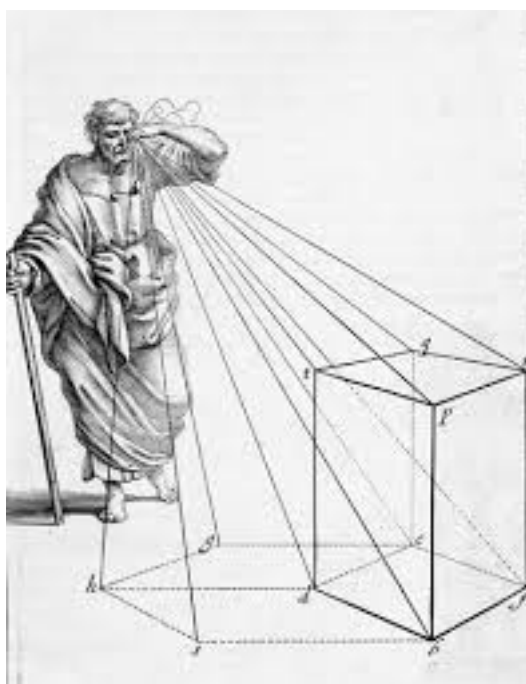
El trabajo a realizar es arduo y aunque la labor debemos hacerla en el fondo de nuestro corazón, tampoco podemos hacerlo en la soledad. Necesitamos el auxilio de la Orden Rectificada para orientarnos y el sostén de la misma para que nos ayude a levantarnos cuando desfallezcamos. El proceso de reordenación interior que nos ha de devolver al camino de reintegración a la virtud pasa por el sacrificio de nuestras pasiones desordenadas, haciendo de dicho proceso algo largo y complicado pues el hombre de hoy, y el mundo que lo rodea, no está acostumbrado a tales sacrificios. El hombre, que guarda en su inconsciente colectivo memoria de su antigua grandeza, sin considerar los efectos funestos que supuso la caída que lo destronó de la misma, se cree con derecho a todo y continua obrando como si nada hubiera pasado, hasta que el resultado de sus acciones le hacen ver que ya ni controla ni domina todo.

Toda obra humana es imperfecta, pero no por ello hemos de renunciar al trabajo que se nos pide. Todos y cada uno de nosotros somos expresión de un hombre, del primer Hombre, que representa la Humanidad entera, y todos y cada uno debemos trabajar para regenerarlo. En nuestra imperfección, si nuestra piedra no encaja perfectamente con la que está a su lado -con la del H.º -, la argamasa cubrirá los huecos, y junto a otra piedra y otra, formará este conjunto armónico que los masones pretendemos elevar a la Gloria de Dios. La argamasa -en este caso, la Orden Rectificada- nivelará y armonizará la posible y probable imperfección de nuestra piedra -si acaso no hemos sido capaces de pulirla lo suficiente-, logrando que la suma del conjunto de los trabajos bien hechos prevalezca por encima de nuestras imperfecciones que la argamasa nivelará, permitiendo que el muro se levante con solidez.

Es imprescindible la necesidad de confianza en la Orden Rectificada, inspirada y fundamentada en los más sólidos cimientos representados por la Religión cristiana. Si a la Orden Rectificada, si al Régimen Escocés Rectificado, le quitamos la tradición cristiana, lo desproveeríamos de sus cimientos rebajándolo a lo que no somos. Nuestra confianza en la Orden Rectificada ha de ser proporcional a nuestra fe en la Religión cristiana, la cual hemos afirmado profesar con nuestra entrada en la Orden y hemos puesto por garante de nuestro juramento.

Así pues, nos cabe esperar las ayudas suficientes de la Orden Rectificada porque está inspirada en los más altos y sublimes principios. Gracias a las enseñanzas de la misma podremos realizar el trabajo al que hemos sido llamados y formar entre todos ese “Templo de piedras vivas” cuando formemos la Logia.

Y recordad un fragmento del ceremonial de Iniciación de nuestro Rito Escocés Rectificado, con las palabras que el Venerable Maestro dirige al recién iniciado: “ Hermano Aprendiz, esta piedra bruta sobre la que acabáis de golpear es un verdadero símbolo de vos mismo. Trabajad, pues, sin descanso en desbastarla, para poder pulirla a continuación, ya que es este el único medio que os queda para descubrir la bella forma de la cual es susceptible, y sin la cual sería rechazada de la construcción del Templo que nosotros elevamos al Gran Arquitecto del Universo”.



Cartas al H.°. Ajax

Carta 2

Los límites de la hipotenusa Acerca del exotismo moderno en la masonería

Tal y como me comentaste, al saber de mi marcha hacia el Rito Escocés Rectificado (o simplemente masonería cristiana), cada uno precisa seguir su propia ruta, aunque todos los demás la perciban como un callejón sin salida. Y eso sirve para cualquiera; cuando alguien se deja persuadir para no realizar determinado trayecto, es que no estaba demasiado convencido: incluso para que un error sea provechoso, es preciso realizarlo con convicción y fuerza, hasta sus últimas consecuencias. De la magnitud del desastre -pérdida irreparable del tiempo, desorientación para otros HH.°.- dependerá también el grado de conciencia y la voluntad de reordenación que se tendrá al culminar esa fase exótica. Y eso, querido Ajax, vale para quien persiste en una determinada dirección y para quien se aventura a emprender una nueva ruta: alguno yerra (más).

Aún a riesgo de hacerme pesado, volveré a insistir en el empleo de la palabra exotismo: es aquello que se halla fuera del camino, del auténtico camino. Curiosamente, los más perdidos de los pueblos en la historia de los últimos siglos -los europeos- hemos sido quienes hemos tildado de exóticos a todas aquellas gentes que se encontraban mucho mejor encaminadas que nosotros. Así nació el orientalismo ya en el siglo XVIII, y su hipertrofia gigantesca en fechas más recientes. Ningún griego afirmó que lo exótico fuera malo, simplemente se hallaba fuera de la ruta razonable, al menos a su juicio. Pero, los antiguos griegos y romanos no tuvieron obsesión alguna por civilizar exóticos ni por llevarlos al llamado buen camino, caso que no puede decirse de la mayoría masónica hoy en día con su pretensión de ser universal, pese a sus connotaciones históricas y culturales de corte judeo-cristiano (y fundamentos egipcios). El afán universalizante de la masonería moderna, del andersonismo, está en la base de las derivas exóticas de algunos de los sectores más auténticos de la Masonería, desde el siglo XIX.

Por supuesto, estaremos ambos de acuerdo en que la innecesaria obsesión universalizante fue asumida por la Iglesia de Roma, ya en los siglos XI y XII, y que esa actitud ha imprimido carácter a las Iglesias occidentales,

sean la romana o las reformadas. Pero yo no estoy hablando de catolicismo o protestantismo, sino de cristianismo, de aquél que subsiste en la cristiandad, tanto en el plano religioso (ortodoxia) como en el iniciático (hesicasmo, RER). El hecho de que el Patriarcado de Roma tomara la senda imperial y con un dogmatismo asfixiante persiguiera en su seno a todos los sectores no dualistas (el caso templario es paradigmático), preparó el terreno para todas las rupturas racionalistas, desde la Escolástica atomista hasta la masonería andersoniana. El estado de postración general del catolicismo en el siglo XIX, su esclerosis múltiple, su asociación estructural con la expansión imperialista de los últimos quinientos años, explican sobradamente la marcha de personas de calidad hacia tradiciones menos empobrecidas. Las gentes de la *Philosophia Perennis* -añade Guénon, sin ánimo de difuminarlo- en su marcha hacia el islam, budismo o hinduismo ya habían sido precedidos por la formidable explosión orientalizante de los teosofistas decimonónicos. Visto retrospectivamente, es comprensible, pero probablemente poco justificable: con su marcha se agudizaba la debilidad de la única tradición que, como decía el mismo Abd el Wahed Yahja, podía ser el último baluarte reconstructor de un Occidente no dualista, tradicional.

¿"Todo, todo está en los libros"?

Creo que recordarás bien este estribillo pegadizo que se cantaba en televisión para introducir un programa bibliográfico que presentaba, hace unos años, Sánchez Dragó. Lo cierto es que esa canción siempre me gustó, aunque -como tú- nunca estuve de acuerdo con la postura que propaga. Que el muy leído autor de *Gárgoris y Habidis* (La España Mágica), lo creyese entonces, es muy plausible, pero que los iniciados no podemos suscribir tan libresca y simplificadora frase es elemental. Y, no obstante, algo funciona mal, porque tanto tú como yo, y demás HH.·. que son próximos y muy queridos, leemos mucho, casi diría que devoramos literatura sapiencial compulsivamente (por supuesto, perdemos poco tiempo en obras de ficción). La razón puede ser nuestro oficio, siempre ligado a la lectura y a nuestras formaciones o deformaciones universitarias respectivas, y leemos a pesar de proclamar reiteradamente que la Verdad no está en los libros.

Un día, a otro H.·. y a mí, nos comentó un célebre teólogo católico que los Evangelios no son un libro sagrado, en sentido estricto. Si añadimos a eso que el cristianismo no dispone siquiera de lengua sagrada (sí litúrgicas, como latín o griego), todo indica que hemos sido educados en una tradición menor, nacida ya con los estigmas de la insuficiencia, como confirmaría la idea guenoniana -posiblemente acertada- de que la eclesía cristiana de los primeros

tiempos fue exclusivamente esotérica en el seno del judaísmo de la época. Otro amigo y H.: añade que incluso el Dios Padre al que alude el trinitarismo cristiano es un dios menor, carente de No Ser y de Absoluto, y no iría más allá de un Demiurgo o manipulador cósmico. Admito que todo esto es interesante, sobre todo como curiosidades, pero habría que preguntarse por qué cuajó la propuesta de Cristo y por qué esa tradición menor, hija de un dios menor, ha sido el alimento de generaciones europeas durante dos milenios. Y aquí es donde la literatura empieza a cansarme.

Ya te comenté en una carta anterior que ninguno de nosotros estaría en el campo esotérico, iniciático, si desde niños no hubiéramos tenido el referente cristiano (léase católico degenerado). Tuvimos malas escuelas religiosas, mal cristianismo dualista en parroquias repletas de audiencias cautivas, mal universalismo de eje del Bien contra el resto de tradiciones que eran la encarnación del Maligno, malos sacerdotes que ni hacían bien su función ni eran ejemplo imitable. Cabe preguntarse cómo escapamos de tan formidable diluvio. La mayoría de nosotros asumimos el Absoluto Revolución como verdadero dios, hicimos de la razón la nueva lengua sagrada y colocamos en el tenebroso eje del Mal al imperialismo y sus socios menores, cristianismo y cualquier tradición del mundo. Los años, la experiencia, incluso la misma razón “razonante”, terminaron por desvelarnos el fraude en el que nos habíamos embarcado: la Revolución era insatisfactoria, mucho más que los atisbos de luz que algún domingo, cuando éramos jóvenes, habíamos podido vislumbrar en las pesadas misas del franquismo.

El vacío interno, el sentimiento de absurdo, el deseo de luz nos llevaron a muchos al retorno de la tradición: y nos pusimos a leer literatura que durante décadas consideramos hecha por embaucadores. Casi todos hicimos recorridos similares, desde obras sagradas “orientales” (incluyendo en esa rúbrica al islam) hasta producciones variopintas del New Age (Castaneda fue para bastantes un banderín de enganche), y paulatinamente, cada uno fue hallando su puerta de acceso para el retorno, de forma distinta, al universo de la Verdad. Y en ese accidentado viaje de regreso, en ese *nostos* o canto de vuelta al hogar, el puerto cristiano era el menos frecuentado, porque estaba demasiado cargado de obstáculos y de amargos recuerdos. Puede que muchos no hubiéramos ingresado en la Masonería, si ésta se hubiera declarado de raigambre cristiana, esa poco presentable tradición de nuestra historia cultural y personal.

Hace un par de décadas, un brillante universitario congoleño (Kinshasa), decidió volver a casa, a su antigua tradición africana. Ilunga Kabongo había

leído textos sagrados orientales, había conocido la iniciación masónica, había recibido una esmerada educación católica en escuelas de élite bien patroneadas por los jesuitas, y tenía ante sí un brillante porvenir como intelectual, dentro y fuera de África. Pero, a inicios de los años noventa, dejó de escribir, de viajar, de estar en el “mundo de los vivos”: comunicó su decisión de volver al hogar ancestral, de fortalecer con su experiencia lo que aún seguía en pie de sus antiguas tradiciones. Yo perdí a un autor de fuerza y calidad excepcionales, y supongo que muchos otros eruditos también, pero África ganó a un hijo auténtico, y ante eso cualquier queja sería simple mezquindad.

Cuando hace años, con otros amigos, iniciamos nuestro recorrido por el maltrecho campo esotérico de Occidente, topamos con una abigarrada legión de grupos sectarios, exóticos e iluminados, mezcla de teosofistas, new-age y guenonianos de variopinto pelaje. Uno de ellos (Agartha-Symbolos), especializado en lanzar anatemas y excomuniones contra todo el que ose hablar de Guénon sin su *nihil obstat*, predicaba en su página web lo mismo que la cancioncilla del programa bibliófilo: todo está en los libros, basta con leerlos para apropiarse de su sabiduría, y para que el fruto sea la iluminación sólo se precisa la guía cualificada del grupo, inclusive por vía y control informático. Desde luego, ningún engendro pseudotradicional soporta la prueba del tiempo, a diferencia de las auténticas formas tradicionales, que se han ido revelando a los pueblos de la Tierra a lo largo de milenios, y ese grupo, con sus histerias, expulsiones y crispaciones constantes no ha alcanzado la vejez, como no suelen llegar a ella la mayoría de invenciones puramente humanas.

Pero lo que a nosotros nos interesa es que la calidad que preside una forma tradicional se manifiesta en su sacerdocio y en su fiel transmisión viva, de siglo en siglo, y en el seno de una cultura y de una historia: no hay maestros herméticos -se extinguieron hace más de un milenio- como no hay maestros de supuestas nuevas tradiciones, pero tampoco son para nosotros los mejores maestros aquellos que pertenecen a tradiciones extrañas o lejanas... por la sencilla razón que no se basan en las mismas doctrinas, los mismos rituales, los mismos símbolos ni los mismos hábitos sociales, y eso hace que la eficacia de la maestría se reduzca. He conocido maestros de otras tradiciones (sufíes, chamanes) y no es su maestría lo que cuestiono, sino mi propia capacidad como discípulo, y tal vez no sólo por mis limitaciones personales sino también por la distancia cultural, por el ancho río que discurre entre su quehacer cotidiano “oriental” y el mío “occidental”.

Los libros nos acercan, cuando nos hemos alejado, al puerto, pero no son el puerto. Y a veces, la ignorancia de nuestra propia tradición, de sus textos, nos hace acudir precipitadamente hacia otras tradiciones y otros textos, aparentemente más claros y más brillantes. Pero en ese movimiento dispersivo, en esa diáspora de atención y esfuerzo, hay mucho de irreverencia, mucho de falta de respeto, mucho de presunción individualista ante el legado que nuestros padres y abuelos nos dejaron, maltrecho, pero real. No se regresa al hogar porque sea el mejor del mundo, sino porque para nosotros, sus hijos, es el mejor, con sus miserias y con sus insuficiencias, peleando por reacondicionarlo para que llegue si es posible hasta el fin de los días. Lo demás -las fugas hacia literaturas y vivencias exóticas- es comprensible, excusable, pero es irresponsable y poco respetuoso con nuestra tradición, la misma que nos educó. Algunos amigos -incluso HH.·. - han entrado en el Din, en la vía musulmana, pero sólo los mejores han adoptado la lengua sagrada, la sharia cotidiana y un impecable cumplimiento del rito exotérico: son admirables, auténticos, pero temo que hayan perdido mucho bagaje por el camino, mucho del cristianismo que aprendieron en su juventud y que ya creen inútil.

Te escribo esto, mi querido Ajax, con plena conciencia de que ahora no es tu momento para asumirme como cristiano y dejarte de exotismos lingüísticos (árabe o sánscrito, poco importa), ya que piensas que el que comete un error soy yo por reasentarme en una tradición menor y decadente como la cristiana. Todo a su tiempo. Cuando la ruta exótica te haya defraudado, cuando la llamada de la casa paterna se haga imperiosa, puede que la Providencia con su generosidad te lleve a la viña en la que el Amo te dará igual salario de hijo que a cualquier otro de los más antiguos o perseverantes: y de todo eso, probablemente, yo nunca sabré nada, porque carece de relevancia.

Una inesperada lección de geometría

En los últimos años hemos ido reduciendo nuestras relaciones profanas -salvo las indispensables- y seleccionando mucho las de ámbito tradicional. Es un intento, siempre obstaculizado, de buscar espacios de calma en medio de la vorágine urbana de la modernidad. Todos nosotros hemos aprendido bastante de la sabiduría que se desprende de maestros sufíes, hindúes, budistas, africanos o amerindios. Su paso entre nosotros suele ser breve, ocasional, y hay que aprovecharlo, no por sus teorías, sino por la sabiduría que se desprende de sus personas. A veces, nuestras profesiones nos brindan una aceptable cobertura para esos encuentros, cortos y estimulantes, ya que

nuestro territorio cristiano se presenta hoy bastante árido en lo que a maestría se refiere, y en eso estoy plenamente de acuerdo contigo.

Hace unas semanas se nos brindó una rara oportunidad, a otro H.: y a mí, de pasar largas horas, durante unos días, intercambiando con un sacerdote de antigua tradición africana. Probablemente le volvamos a tener entre nosotros, pues la condición que puso es fácilmente respetable: mantener su anonimato, evitando “venderlo” como un producto más de la banal posmodernidad. Como la mayoría de reyes-dios y de reyes-sacerdote de las ancestrales tradiciones de África, este maestro (llamémosle M) no muestra repugnancia especial por muchos aspectos de la modernidad -cosa que escandaliza un poco nuestra hipercrítica sensibilidad occidental- ya que simplemente considera que esa cultura, excesiva y obsesiva, es un mero signo de los tiempos cósmicos; su única preocupación es cómo preservar y transmitir la vieja sabiduría, la antigua verdad, sin concesiones en la doctrina, en el símbolo y en el rito, aunque las apariencias externas sean las propias de la época.

Algunos de nosotros, como bien sabes, tenemos ya cierta trayectoria relacionada con maestros africanos, sean musulmanes o paganos (cafres, dirían los primeros): pues bien, M. nos impresionó por su fuerza, su ponderación, su capacidad de situarse “en el centro del círculo”, evitando dispersarse en anécdotas formales, externas. Se percató pronto de que, en la masonería actual, los más inquietos recurrían a doctrinas, a lenguas y a ritos orientales, al considerar insuficiente la propia vía iniciática y creerla carente de contenido metafísico en el presente. Nadie le incitó a pronunciarse sobre la cuestión, pero para nuestra sorpresa dedicó unas breves reflexiones geométricas para referirse simbólicamente a las opciones iniciáticas de los occidentales: quienes allí estábamos tomamos nota en silencio, y si esa es la simiente de la rosa, algún día florecerá. Fue sorprendente ver a un maestro ajeno a la tradición occidental -pero no a su ciencia desacralizada- recurrir al simbolismo geométrico ante maestros masones.

Al referirse al recurso del budismo o del islam como vías iniciáticas de buen número de occidentales, M. no cuestionó la validez de esas escuelas de tradición (pese a los conflictos históricos que su tradición ha vivido con el islam), pero sí la eficacia de recorrer esos caminos cuando se es ajeno a esas culturas. Un maestro sufí nos lo había dicho a todos nosotros, tiempo atrás, al señalar que la masonería es la fórmula mejor adaptada a los rasgos europeos: nos comunicó su tristeza al constatar cuántos jóvenes occidentales se pasean por África y tierras del Dar al Islam como verdaderos náufragos en pos de esa

luz que no han sabido vislumbrar en casa. A diferencia del sufi, conocedor de la iniciación masónica, M. no podía aludir a las bondades de nuestra escuela de Conocimiento, pero sí a las dificultades del salto al exterior del propio campo histórico-tradicional. Para nuestro asombro, nos habló de los inconvenientes de la hipotenusa.

Los masones tenemos asociada esa línea que une los dos lados del ángulo recto con el llamado teorema de Pitágoras (de hecho, nos ha llegado como fórmula euclidiana), y nuestros Venerables exhiben los cuadrados complementarios: recuerda que lo memorizábamos de niños (“El cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos”). Por supuesto, la posición oblicua de la hipotenusa puede llegar, según los casos, hasta acercarse espectacularmente a la verticalidad, pero nunca puede ser vertical, ya que esa está tomada por el lado que se alza en perpendicular sobre el costado horizontal o base. No sé por qué te cuento eso, ya que eres mejor geómetra que yo, y fue por ti que descubrí autores de rara cualidad en geometría y arquitectura, pero puede que te lo cuente para visualizar mejor yo mismo el triángulo rectángulo. Curiosamente, a M. el asunto de la superficie de los cuadrados no parecía importarle demasiado, pero sí el ángulo superior formado por la vertical y la hipotenusa. La razón nos resultó meridiana, a medida que nos hablaba pausadamente, y sus consecuencias se nos presentaron con toda la fuerza del símbolo preciso en el individuo que lo necesita.



Para M., la base del triángulo rectángulo es apenas un fragmento de la pequeña realidad territorial, histórica, étnica, en la que se asienta una tradición. La base u horizontal -del triángulo rectángulo- no es la tradición, sino la tierra fértil en la que se levanta el árbol adecuado, nutrido por el suelo y clima favorable: por eso, cada árbol-tradición se asienta con fuerza en su mejor base-tierra, desde tiempos remotos. El trasplante a veces da buenos resultados, pero por lo general sólo en suelos semejantes: la base horizontal europea tiene rasgos muy peculiares y el implante de árboles tropicales suele producir plantas enclenques, torcidas o simplemente nada, como lo demostraría la nimiedad de ficus comparados con los selváticos. Para M. la vertical es la línea más eficiente entre los dos puntos aparentes del Universo, el que está abajo (horizontal) y el que está arriba (vértice superior), la tierra y

el cielo; es la más eficiente porque crece en el mejor suelo -el propio de cada tradición- y porque entronca verticalmente el más profundo valle y la más alta cima, como una pirámide, cuyo eje será siempre la vertical que la culmina. La forma tradicional, pues, es la vertical del triángulo, tanto si es rectángulo como de otro tipo: es la revelación, es el Espíritu que une e identifica lo que está arriba y lo que está abajo, con un símbolo que no es otro que la vertical.

Ahora bien, la vertical, para un africano tradicional, es mucho más que la simple línea que enlaza tierra y cielo. Para muchos pueblos, como los sérer senegaleses, la vertical une los tres estadios del mundo: los infiernos donde moran los ancestros, el plano horizontal en el que se producen los vivientes y el cielo en el que se sitúan los espíritus superiores, y todo ello es el huevo del Universo, la creación de la Divinidad. Sin vertical no hay verdadera unión entre el inframundo y el mundo superior, sin verticalidad no puede haber comunión entre los que ya se fueron, los que son y los que han de venir, eso que nosotros hemos llamado “la comunión de los Santos”. Por ese motivo, M. insistía en no abandonar la verticalidad, en no desplazar la energía en horizontal hacia otros terruños culturales, no sólo para evitar pérdidas de tiempo en aprendizajes exóticos de resultado dudoso, sino ante todo para preservar en nosotros toda la fuerza de nuestros padres...y de los hijos.

Y M. cargó contra la hipotenusa, sin acritud, pero sin condescendencia. Cada tradición posee una escalera de Jacob, y en esa línea vertical hay que ascender, pelear con el ángel y hacer de abajo y arriba una sola Identidad. Subir por la hipotenusa es una posibilidad, algunos lo lograrán, pero es una formidable pérdida de energías, de aprendizajes y -eso es peor- una inconsciente falta de respeto por todas las generaciones que nos precedieron, por nuestro propio linaje con sus virtudes y sus carencias. La hipotenusa es el trayecto descentrado, característico de los tiempos de confusión en los que vivimos, la hipotenusa es la ruta más incierta y desarraigada, plantando nuestro árbol con el sol a la espalda. Hay demasiadas limitaciones en el trazado de la hipotenusa, sobre todo porque pudiera ocurrir que su prolongación virtual cruzara la vertical sin alcanzar jamás el cenit. Y no estoy diciendo que no se pueda llegar a la cúspide del triángulo, pero será más arduo y más improbable. Y una vez alcanzado el cenit, el amor universal exigirá -estoy convencido- retomar la vertical de nuestra particular tradición, por todos los que fueron abandonados en esa penosa divagación o excursión que fue la hipotenusa.

Hay que admitir que la vertical -en triángulos, pirámides u otras formas simbólicas- es sólo un aspecto de nuestra labor consciente, de nuestra tarea

como buscadores y gentes de deseo en el Espíritu. Pero no habría que olvidar que la misma gravedad terrestre obliga a la eficiencia con la verticalidad, de nuestros cuerpos o de nuestros templos. Ni habría que negligir ese combate que lleva al niño y al anciano a erguirse hacia el cielo sobre una horizontal que es la breve tierra que pisamos: vencer esa aplastante gravedad, sin desarraigarnos del planeta, es el primer aprendizaje externo del humano. Aunque, más allá de este dato de verticalidad físico-constructiva, está la Realidad profunda del cosmos, ésa que hace que nuestro centro íntimo sea un punto cordial que se expande en estrella (de cinco puntas, nuestro símbolo más interno), probablemente porque el Universo es rotundo como decía Parménides y porque su corazón irradia desde el núcleo por toda la esfera...y eso apenas es un punto en el sueño de Dios, que puede que sólo sea otro punto en el seno del Absoluto. Aunque esta geometría sagrada desborda ya la intención de lo que M. nos enseñó.

Sé bien -mejor probablemente que los maestros orientales- las graves deficiencias de nuestra tradición (cristiana, con sus esoterismos masónico y ortodoxo), y comparto contigo parte del diagnóstico sobre la postración general del mundo occidental. Por eso entiendo las rutas exteriores, dispersivas y centrífugas que estáis haciendo y que yo mismo hice cuando entré en la Masonería (entonces yo no pensaba que formara parte del cristianismo), pero son trayectos de hipotenusa que ya no quiero fomentar. Conozco bien mis limitaciones, y no sé si podré ascender mucho por la vertical en la que trabajosamente me he situado; probablemente tú y otros, desde vuestras respectivas hipotenusas, lleguéis más arriba que yo en mi trayecto, pero ahora sé que estoy en la tierra que me corresponde y en la vertical que debo a mis padres e hijos. Lo que aprendí en mis hipotenusas, por tierras lejanas, lo pongo hoy al servicio de la verticalidad, porque eso es lo que reclama la Casa del Padre. Lo sé en mi fuero más interno. Y sonrío al pensar en la asombrosa lección de geometría que un bárbaro africano dio a unos maestros masones.

Que la Providencia proteja tus pasos, mi querido Ajax, en tu ascenso por la hipotenusa y -quien puede saberlo- en tu retorno a la verticalidad.

Fraternalmente,

El Peregrino de Scala Dei



Caballería

Nobleza, aristocracia y caballería

La nobleza, la aristocracia y la caballería son nociones que, en nuestros días, muchos mezclan, confunden o ignoran. Muchos son los que no comprenden ni los matices, ni los objetivos. Desconocen su naturaleza y, en su sentido profundo, “el espíritu”. Por si fuera poco, a la ignorancia o la confusión se le mezclan, más o menos malintencionadamente, prejuicios e ideas preconcebidas.

René de Chateaubriand ha dado perfectamente la definición de la naturaleza de la nobleza y del drama ontológico pues, por vía de consecuencia, histórico o factual que la misma ha vivido. Escribía así en sus Memorias (1811): “la aristocracia tiene tres edades sucesivas: la edad de las superioridades, la edad de los privilegios, la edad de las vanidades; fuera de la primera, ella degenera en la segunda y se extingue en la tercera”. La caballería, por su parte, de la que podemos afirmar que constituye “la aristocracia de la nobleza” y que, en sí, “se sitúa” en la primera edad evocada por Chateaubriand, o permanece fiel a su naturaleza o, inmediatamente, deja de serlo. No hay otra alternativa. Ligada a la excelencia y a la exigencia de su vocación, no puede degenerar. Si no obstante llegara a suceder que la olvidara sumida en la tibieza o renegando de la misma en la vanidad, simplemente desaparecería, desvaneciéndose en el campo del ser o de la institución de la que hace estado. Siendo así, no sería otra cosa que una “letra muerta” mientras que solo el Espíritu vivifica.

Digamos que se tendría un resumen lapidario en esta definición: La nobleza (la aristocracia en el sentido general de la palabra) es la realidad interior de un ser, su “corazón” en el sentido tradicional del término, también dicha la parte más íntima y esencial del ser, que permanece conforme a la verdad ontológica que Dios ha querido al crear al hombre a su imagen y que actúa en la Creación en conformidad natural y espontánea con su divino origen y la misión que le está encomendada.

En el seno de la historia de los hombres y de las instituciones sociales, esta conformidad en su origen y estado primeros se traduce por la manifestación de las cualidades espirituales, morales y cívicas que, reconocidas por sus pares, se traducen para aquel que las manifiesta por un estatus social, “exterior” por así decirlo pero precisamente revelador de estas

cualidades (las cualidades del “fuero interno”) y, por ello, generador de cargos corolarios (ejercicio de tareas que surgen del poder administrativo, judicial, civil y militar).

Es el ejercicio de estos cargos, de título de lo que se denomina justamente los “deberes de estado”, por parte de la nobleza que constituye propiamente la aristocracia, esta vez entendida en su sentido estricto, a saber, político y jurídico del término y fundamenta en particular la legitimidad del poder real que es a la vez la cumbre, la “clave de bóveda” y el corazón.

Resulta claro que la aristocracia reposa sobre la realidad de las virtudes aliadas a la capacidad altruista de ejercer los cargos necesarios a la vida de la Ciudad por el bien común en la exigencia espiritual que refiere la fuente y el objetivo a Dios mismo.

De este modo, por naturaleza, el poder aristocrático se sitúa en el lado opuesto de toda demagogia y del discurso “político” (a fortiori politicastro). Conformándose y expresando la Voluntad del Altísimo, no precisa hacer nada parecido a solicitar los sufragios de “la base” y, porque es, como hemos visto, el reflejo (el espejo) de esta divina Voluntad, de esta divina Sabiduría, no le cabe traicionar su palabra y sus promesas como hacen todos los poderes desenraizados de lo sagrado (“Nobleza obliga”).

Sin embargo, si la nobleza deroga de su principio y se desnaturaliza, sucediendo que desgraciadamente desfallezca perdiendo sus virtudes, “olvidándose” en todos los sentidos del término, entonces se profana a sí misma y, de alguna manera, se suicida perdiendo sus lazos nutricios que la unían al Padre. Se convierte entonces en mentirosa puesto que su exterioridad social ya no expresa la realidad de su alma. Una tal mentida no está lejos de la blasfemia en este orden de cosas en que las raíces son ante todo espirituales, y así pues sagradas.

Puede ciertamente subsistir en nobles corazones, una nobleza verdadera, “exteriormente” conocida incluso reconocida o bien al contrario invisiblemente constituida, pero es otro poder el que entonces habrá sustituido a la autoridad aristocrática. Poder que zozobrará todavía más rápido en sus bajezas, ilegítimo como es por definición puesto que será extraño y a menudo hostil a toda referencia espiritual, así como a las virtudes que le están vinculadas.

No olvidemos, por otra parte, que bajo el Antiguo Régimen la entrada y salida de la nobleza se realizaba según criterios precisos (tanto en el caso del ennoblecimiento como por el de la extracción y derogación, temporal o definitiva de la nobleza o caballería). De tal suerte que existía una dinámica de Segunda Orden (la nobleza, precisamente) ignorada hoy, pero bien real por aquel entonces y que aportaba una “corriente vital” a la primera y que servía tanto para generar la emulación a fin de permanecer fiel a su linaje como para acoger nuevas ramas o para apartar la sangre viciada por la desgracia del pecado, las pasiones y los intereses egoístas y en definitiva “podar las ramas muertas”.



La caballería, verdadera corona de la nobleza, esencia de la aristocracia, quedaba de manifiesto, parafraseando al Maestro Eckhart, el gran místico renano nacido hacia 1260, como “la fina punta del alma”.

La caballería no solamente supone las virtudes e inclinaciones naturales de la nobleza, y así pues la capacidad aristocrática, sino que pide un reconocimiento suplementario de sus pares concretizado por la adopción del futuro caballero en el seno de la familia caballeresca por la ceremonia de adobamiento o armamento.

Según la formulación bien conocida, no se nace caballero (mientras que uno puede nacer noble), sino que se convierte uno, si Dios lo quiere, recibiendo de un padrino esta investidura específica. La misma se realiza siempre de hombre a hombre, creándose así un lazo espiritual y confraternal entre ellos dos, al igual como simultáneamente, entre el nuevo caballero y la totalidad de la fraternidad a la que “nace” verdaderamente gracias a su padrino y de la que forma parte a partir de ese momento, como una de las piedras vivas, capaz a su vez de transmitir la investidura a aquel que estime digno de ello.

He aquí la razón por la que se habla con pertinencia del estado de la caballería; porque es preciso repetir con pertinencia que uno no queda “decorado” con las insignias de caballero, sino que uno recibe el estado de

caballero para vivirlo, para acabarlo de acuerdo a sus propios carismas y para, tal vez un día, transmitirlo como lo ha recibido, según la tradición secular y perenne.

Este estado caballeresco, socialmente reconocido o, por el contrario, invisible en el seno de una sociedad desviada, la cual, en todos los sentidos de la palabra (jurídico y espiritual), ya no “reconoce” a la caballería, impone sin embargo unos deberes -de estado para ser más precisos-, que son la fidelidad a los ideales y principios de su vocación y en primerísimo lugar a las virtudes, como siendo las verdaderas fundadoras y constituyendo los cimientos del alma caballeresca.

Resulta evidente que, en el seno de una sociedad tradicional, abierta a las realidades espirituales, sensible y atenta de alguna manera por encarnarlas, en los planes de sus estructuras, con el fin de afirmar mejor su preeminencia en su “proyecto de vida”, su ideal “político” en el sentido pleno y auténtico del término, nobleza, aristocracia y caballería no forman más que una sola y única alma. Ellas tres se presentan entonces como los caracteres o funciones específicas de un solo y mismo “estado del ser”, que se declina (según vocablo en boga) bajo tres aspectos o cargos complementarios y de los cuales acabamos de esbozar sus rasgos particulares. La nobleza siendo el ser, la caballería el corazón del ser y la aristocracia (entendida en su sentido etimológico inmediato) siendo la manifestación política de las dos primeras.

En este aspecto y bajo esta condición, la etimología viene precisamente a confirmar y explicitar los nombres que la Tradición ha conservado para expresar estas cualidades y esta verdad: noble significa efectivamente, en su raíz latina, “digno de ser conocido”, mientras que aristocracia se traduce del griego por “gobierno de los mejores”.

Es por su capacidad “intrínseca”, y particularmente si esta se conjuga con un esfuerzo de voluntad y sacrificio por tal de “merecer su estado” y hacerse digna de los suyos, que la nobleza obtiene esta honorabilidad que la hace ejemplar y digna de ser conocida. Ya que es preciso dar ejemplo y testimonio de lo Verdadero y Bueno existente en el corazón de los hombres para elevarlos (“despertarlos” sería más exacto) a alturas a las que ellos nunca se hubieran creído capaces de llegar por sí mismos.

Así pues, no se trata de una dignidad vanidosa, artificial, que aplasta y disminuye al otro, sino de una dignidad espiritual que se enraíza en auténticas virtudes y se legitima en la fidelidad al deber de su estado (en un sentido que

abarca a la vez un estado del ser y una función social) que dichas virtudes comportan. Mucho más, esta nobleza a que nos referimos, por su acción y su ejemplo, ennoblece a toda alma todavía válida que se encuentre en torno a ella, la “despierta”, podríamos decir y la impulsa a superarse. La nobleza le ofrece de este modo los medios y la ocasión de encontrarse a sí misma, de “realizarse” y de despertar entonces, tal vez, su nobleza oculta. Era a esto a que nos referíamos cuando hablábamos de “cooperar”, humildemente, pero de manera activa, en la Obra de Salvación.

Por otro lado, es conocido el análisis según el cual el papel de la nobleza es el de mantener, mientras que el de la caballería es el de pasar (se) o sobrepasar (se).

Esta aparente oposición o distinción caracteriza, en realidad, una perfecta complementariedad, yendo de la médula a la sangre, ésta (la caballería) constituiría una suerte de “Orden Interior” en esta otra (la nobleza).

Queda entendido así que la vocación primera de la nobleza, su carisma en el sentido paulino y por consecuencia su deber, es el de asegurar el mantenimiento de todos los valores y tradiciones (espirituales, morales, sociales, cívicas, políticas en el sentido primero del término) que constituyen el alma misma de una Patria cristiana, y por tanto ofrece a sus hijos, a todos sus hijos, la posibilidad de extraer la consciencia de sus raíces así como de su propia vocación, precisamente en cumplimiento de esta última.

Por este papel en la sociedad, la nobleza asume una guarda, una vigilancia (su “vigilia” podríamos decir en lenguaje litúrgico y de piedad). Se trata, bien entendido, de una guarda y una vigilancia “vivientes” y vivificantes, es decir conscientes de sí mismas y así pues portadoras de generosos frutos, conforme a la excelencia del tesoro conservado, y no de un conformismo estrecho y resecado, privado de savia porque ha perdido la verdadera consciencia de las verdades esenciales que pretende proteger y transmitir, luego sin discernimiento en términos teológicos, en definitiva, sin un verdadero amor por los valores que debe representar.

Haciendo uso de términos militares medievales o simplemente antiguos, hay que entender por otra parte que la misión “ontológica” de la caballería es el de ser enviada a modo de “vedette” de la nobleza, es decir en avanzadilla. Por su ejemplo heroico siembra el cuerpo noble por entero e incluso, más allá de ello, todo el cuerpo social, mostrándole a través de su Gesta la vía en la que, en particular, lo “imposible no es francés”. Estas son las virtudes que ella

encarna de manera tan perfecta y fiel, poniendo de manifiesto que un hombre puede vivirlas en plenitud si tiene el coraje para ello, ánimo que transmite en germen a la nobleza para que dichas virtudes crezcan y predominen a través de generaciones. La caballería hace en este caso las veces de levadura o actúa como el sol. Es por lo que decíamos que, si la nobleza es la sangre, la caballería sería su médula.

Personal por esencia, al igual que la aristocracia entendida en esta ocasión en su sentido amplio que la relaciona con la realidad íntima de un ser, sea cual sea su extracto social originario y no al “cuerpo constituido” y al gobierno que ejerce, la caballería se ha encarnado igualmente a través de las Ordenes cuyos principales nombres continúan alimentando los recuerdos y los corazones.

Uno de los fundamentos de las auténticas Ordenes de caballería, tanto de hoy como de ayer, es el de asegurar la perennidad de esta “naturaleza caballeresca” y de su obra de emulación de los principios constituyentes de su nobleza, como élite de las almas cristianas. Dichas Ordenes asumen su herencia viviéndola, no como una reliquia, sino como una actualidad cuya evidencia se inscribe en el origen mismo de su naturaleza: en Cristo, Fuente y Término de todas las virtudes y de toda verdad. Tienen por misión el transmitir una verdadera y legítima investidura caballeresca, excluyendo de la misma todo simulacro mundano o desviado a todo aquel que no presente las cualidades, diríamos incluso la “cualificación espiritual”, para recibir el adobamiento.

De tal suerte que las cualificaciones de “caballero de justicia”, “caballero de mérito” o “caballero de gracia”, por válidas que ellas sean, no pueden limitarse en absoluto a indicar el origen familiar del impetrante ni tampoco instituir o tipificar diferencias de “grado” en el estado caballeresco. Dicho estado, lo es o no lo es; no puede serlo en modo alguno “a medias” y, por tanto, es idéntico para todos los caballeros. Las cualificaciones son resultantes únicamente del valor de cada uno por vivir su caballería “en el corazón” y hacer resplandecer su espíritu repartiendo sus frutos mediante su plegaria y su ejemplo. Por otra parte, es menester no confundir estas denominaciones con los cargos y dignidades (como los de Comendador, Gran Cruz, etc.) que toda Orden tiene el legítimo poder de crear y conferir a caballeros reconocidos por la calidad de su servicio y sus virtudes.

Militares por necesidad, pero también por vocación (expresión espiritual entonces de la Gesta heroica caballeresca que culmina en la noción de

cruzada interior), estas Ordenes han asumido (y en la medida que han sobrevivido hasta nuestros días, continúan asumiendo) lo que constituye igualmente uno de los principios de su nacimiento y uno de sus modos de servicio, a saber, la acción hospitalaria y las obras de caridad, pero dándole a esta palabra todo el sentido evangélico que la misma comporta y que enraíza e ilumina con el amor verdadero al prójimo en el amor primero de Dios.

La acción hospitalaria caballeresca y su fundamento evangélico merecen que nos detengamos un poco en ellas, ya que manifiestan uno de los aspectos esenciales de la vocación cristiana de la caballería y, en este sentido, se encuentran hoy a menudo desacreditadas en provecho de una “solidaridad” laica (en realidad, atea), en ocasiones exageradamente prejuiciosa.

Es de destacar que las Ordenes transmitían realmente la caballería sin limitarse a ser “simples” decoraciones, por grande que fuera el mérito a recompensar.

Esta investidura que podríamos definir como una manera de “reactualización” de las promesas y gracias del bautismo, así como de las virtudes cardinales (en particular las de Justicia y Fuerza) y de los dones del Espíritu Santo conferidos por la Confirmación, no se limitaba pues para el nuevo caballero a una “recepción” pura y simple en el seno de una confraternidad con la colación de una cruz y del manto de Orden para marcar la identidad y las aspiraciones espirituales, sino que generaba deberes y acción



San Martín. El Greco

permanente, precisamente fieles a los compromisos pronunciados ante Dios.

Es este el momento de recordar las parábolas evangélicas de los talentos y las minas que se aplican por excelencia a todo aquel que hace suyo el hermoso estado de caballero, al igual que son aplicables estas otras palabras del Señor:

“Sabéis que los que parecen gobernar a los gentiles lo señorean, y que los grandes de entre ellos ejercen su poder vejando a los demás. No es así entre vosotros; sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor; y el que quiera entre vosotros ser primero será esclavo de todos; y, en efecto, el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su alma como rescate por muchos.”

A modo de ilustración de sus propias palabras, Jesús, cuando la Cena, se levantó de la mesa, se ciñó un lienzo, puso agua en un barreño y procedió a lavar los pies de los Apóstoles, secándolos después con el lienzo que llevaba en la cintura. En respuesta a las palabras de Simón-Pedro, que se sorprende por el gesto del Señor y se afirma indigno, para a continuación y a la inversa, solicitar que le lave también la cabeza, Cristo le dice: “Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien porque lo soy. Si yo, pues, el Señor y el Maestro, os lavé a vosotros los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado, en efecto, ejemplo, para que, según yo hice con vosotros, también vosotros hagáis.” En estas palabras y este ejemplo del Hijo divino se encuentran la raíz viva y luminosa del amor cristiano y del servicio caballeresco a través de su acción hospitalaria. Con la humildad que engrandece el corazón y fuera de toda soberbia que enrojece el alma, las Ordenes militares y hospitalarias siguen de este modo el ejemplo de Cristo y se abren al alivio del sufrimiento físico y la aflicción moral de aquellos a los que, precisamente, la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén (Orden de Malta) denomina, en su ritual de investidura caballeresca: “nuestros señores los pobres” y el de la Orden de los Hospitalarios de San Lázaro de Jerusalén: “pobres de Jesucristo”.

La composición heráldica

La existencia de un pequeño número de reglas o leyes que rigen el empleo de las figuras y colores en el interior del campo del escudo es lo que diferencia al fenómeno heráldico de otros sistemas emblemáticos.

Estas reglas no deben entenderse, sin embargo, como prescripciones imperativas y rigurosas según el dictado de los tratadistas modernos, sino como procedimientos de rutina o costumbres tradicionales acordes con el propio carácter de signos visuales de reconocimiento con que nacieron y se desarrollaron las armerías a partir del siglo XII.

La cuestión, evidentemente, no afecta por igual a todas las figuras heráldicas. Así, por ejemplo, las piezas tienen un trazado fijado ya en su propia naturaleza por medio de unas líneas perfectamente definidas. Los muebles, por el contrario, pueden variar sensiblemente en su trazado y posición según sean las condiciones de su representación, de ahí precisamente, de su carácter *móvil*, su denominación.

La disposición y la talla de las figuras.-

Los principios de orden, equilibrio y claridad, propios de todo signo visual de reconocimiento, son los que priman sobre la libertad de criterios del artista, reconocidos con amplios márgenes en las armerías medievales. Así, los procedimientos de rutina, aplicables a la composición heráldica en materia de la disposición de sus figuras, se traducen en un conjunto de recomendaciones tradicionales muy concretas:

Un solo mueble empleado como figura principal se sitúa en el centro y ocupa la mayor superficie posible: ley de plenitud.

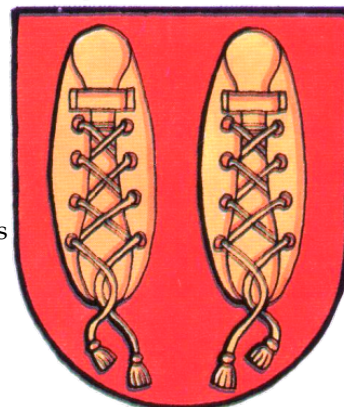
De gules, grifo de oro.



-Dos muebles iguales se sitúan, según su forma, bien uno encima de otro (en palo), o bien uno al lado de otro (en faja):



De oro, dos becerras
de gules.

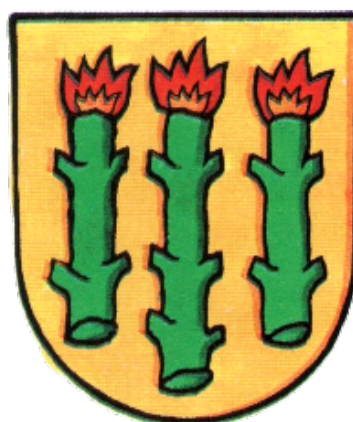


De gules, dos abarcas
de oro.

-Tres muebles iguales se sitúan dos en jefe y uno en punta (bien ordenados), aunque pueden admitir otras posibilidades, en palo o en faja, según su forma:

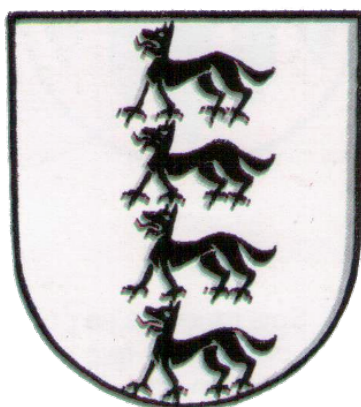


De gules, tres piñas de
oro.



De oro, tres teas de
sinople encendidas de
gules.

-Cuatro muebles iguales se sitúan formando dos parejas, es decir, dos y dos, y en casos excepcionales admiten otras posibilidades:



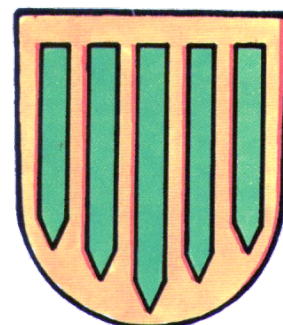
De plata, cuatro lobos de
sable puestos en palo.

-Cinco muebles iguales se sitúan en sotuer, es decir, dos, uno y dos:

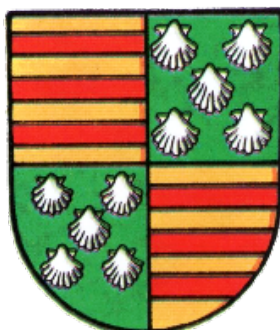


De oro, cinco hojas de higuera de sinople.

De oro, cinco estacas apuntadas de sinople.



Cuartelado: 1º y 4º, de oro, tres fajas de gules; 2º y 3º, de sinople, cinco veneras de plata.



-Seis muebles iguales se colocan en dos bloques de tres, en faja o en palo según su forma, o bien, tres, dos y uno, o dos, uno, dos, uno:



De plata, seis roeles de azur.



De oro, seis panelas de sinople puestas dos, una, dos y una.

-En caso de un mayor número de muebles iguales, las soluciones pueden ser muy variadas, aunque siempre buscando una adaptación lógica:

De azur, siete estrellas de plata
puestas una, dos, una, dos y una.



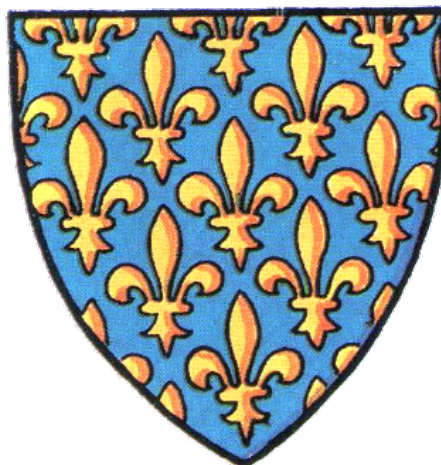
De gules, ocho bezantes de oro.



De gules, trece bezantes de oro.



-Si el número de muebles iguales es abundante e indeterminado, su colocación convencional es el sembrado:

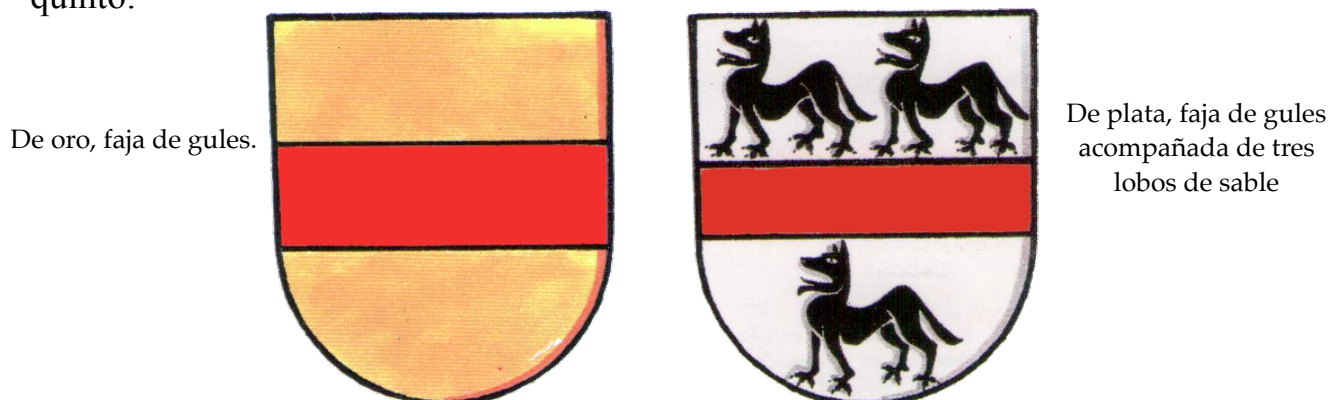


De azur, sembrado de lises de
oro. Armas antiguas de la Casa
Real de Francia.

Estas posibilidades concretas no responden a unas reglas imperativas, sino a unas recomendaciones gráficas tradicionales derivadas de la forma triangular de los primitivos escudos y, por consiguiente, adaptables a otras formas o tipologías posteriores.

La talla de las figuras está igualmente condicionada por los hábitos y costumbres tradicionales, aunque dentro de unos amplios márgenes en los que tienen cabida no pocas variaciones.

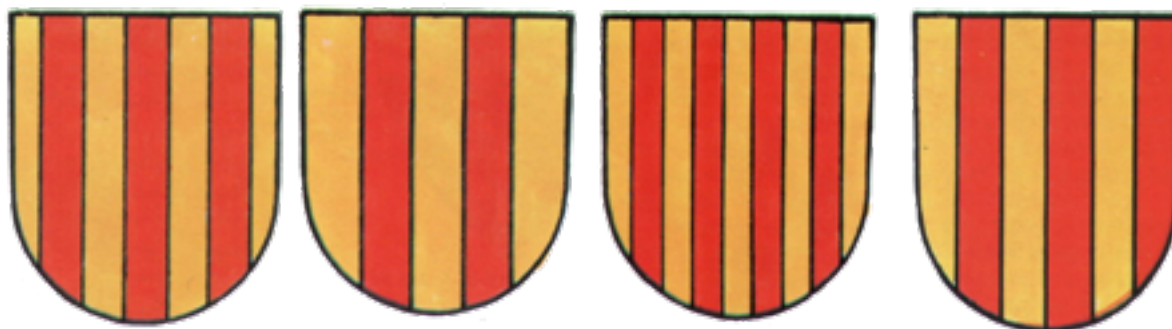
Las piezas tienen, por ejemplo, una talla muy variada. Una faja suele ocupar un tercio de la superficie del escudo, sin embargo cuando está acompañada de una o de varias figuras secundarias no suele ocupar más de un quinto:



Las diferencias entre las representaciones son, pues, muy sensibles de una época a otra, de un área geográfica a otra, de un artista a otro, en razón de las diferentes tendencias estéticas imperantes. Sin embargo los tratadistas modernos, en aras de uniformidad, trataron de codificar al máximo la disposición, el emplazamiento y la talla de las figuras, creando en consecuencia toda una heráldica teórica y normativa ajena por completo a la realidad de las armerías. En el período medieval éstas admitían ya numerosas variaciones de manera que, salvo las líneas fundamentales, el artista disponía de total libertad para el diseño de los pequeños detalles. Así, por ejemplo, en un escudo cargado de tres muebles, el situado en punta podía representarse con una talla superior a la de los otros:



Antiguamente, en las armas de una misma familia, incluso podía variar el número de piezas de una representación a otra. Como ocurrió con la generalidad de los emblemas heráldicos, las armas de Aragón fueron presentadas, con anterioridad a su forma actual, sin sujetarse a una pauta determinada:



De oro, tres palos de gules. Gran sello o flaho de Jaime I en 1241.

De oro, dos palos de gules. Contraseño de Juan I de Aragón en 1370, siendo aún duque de Gerona.

De oro, cuatro palos de gules. Armas usuales de la Casa Real de Aragón.

Pasado de oro y gules. Millau (Rovergue, Francia) en los siglos XIII y XIV.

En sus blasonamientos, por tanto, el heraldista de hoy se limitará a preciar aquello que no se corresponda con la disposición o representación usual de las figuras, una cabeza contornada por ejemplo, y abandonará la ejecución de los pequeños detalles a la fantasía del artista, renunciando con ello a encontrar un rigor de composición que nunca existió en las armerías medievales.

El diseño heráldico medieval.-

Es ésta una cuestión de gran interés en el estudio y conocimiento del fenómeno heráldico por sus posibilidades interdisciplinares. Sin embargo el escaso número de los repertorios de modelos publicados, de forma especial en España, dificulta enormemente la realización de los análisis de estilo precisos, de las dataciones y localizaciones concretas y, en definitiva, de esas referencias exactas que serían imprescindibles para su positiva y plena utilización por historiadores y arqueólogos.

No obstante, y aunque sólo sea con unas breves pinceladas puramente indicativas de estas posibilidades interdisciplinares, conviene hacer referencia a este tema en el que todo está aún por hacer.

El diseño heráldico podría definirse como el cauce a través del cual las armerías proyectan una unidad formal a las variadas figuras que tienen cabida en sus representaciones. No se trata, por tanto, de un estilo artístico determinado, sino más bien de una interpretación clara y sencilla de ese variado e indefinido conjunto de seres y objetos que posibilita su rápida identificación visual y les proporciona un alto valor estético y ornamental.

Una de las características del diseño heráldico es la estilización de las formas, configurada como una necesidad de las armerías de dotar a las figuras de unos contornos definidos y propios para su mejor individualización. Dos son los procedimientos previos que implica: de una parte la simplificación general de las formas y, de otra, la exageración de aquellas que puedan resultar más representativas, como la cabeza y la cola del león, el pico y las garras del águila, los frutos de los árboles o las hojas de los vegetales.



La uniformidad general de las actitudes, que simplifica enormemente la diversidad de los trazados, puede considerarse también como una característica del diseño heráldico. En el caso de los animales, por ejemplo, esta uniformidad se traduce en un número limitado de gestos (rampantes, pasantes, etc.), en unos detalles permanentes (ojos grandes, garras destacadas, etc.), en unas proporciones anatómicas idénticas (cabeza grande, pecho fuerte, cuerpo delgado, etc.) y en unas expresiones que, finalmente, buscan siempre la fiereza, la agresividad y la rudeza (fauces abiertas, dientes acerados, pupilas dilatadas, etc.).



La estructura geométrica del diseño es, ya, la última característica a destacar. Por medio de ella las representaciones heráldicas adquieren equilibrio y claridad, paliando de alguna manera las imperfecciones e irregularidades de la estilización y del diseño en general. Esta estructura se traduce en una adecuada disposición de la figura que ocupa el máximo de superficie y se adapta a sus límites, y en una simetría que equilibra el diseño repartiendo armoniosamente cada uno de sus componentes.



Ejemplos significativos y frecuentes:
águila, león y oso. Gesto agresivo, pico,
dientes y lengua destacados, garras y
zarpas aceradas, crestas y perfiles
tensados...

Los diferentes estilos.-

Aún cuando las representaciones heráldicas presentan una clara uniformidad como resultado de la aplicación de unos procedimientos rutinarios y tradicionales, lo cierto es que la progresiva influencia ejercida por las corrientes artísticas y los criterios estéticos asumidos en cada época y en cada región determinó la aparición, ya en la primera mitad del siglo XIII, de unos estilos perfectamente definidos.

Sin entrar en mayores especificaciones, los manuales europeos suelen distinguir cuatro estilos diferentes en correspondencia con otras cuatro grandes áreas geográficas. El *inglés*, más próximo al estilo original de las armerías, en el que las figuras alcanzan un grado de estilización aceptable. El *francés*, más estudiado y depurado, que deja traslucir claramente su estructura geométrica en la simetría y plenitud de sus figuras. El *germánico*, menos elaborado pero más decorativo, en el que abundan los elementos superfluos y las libertades con respecto a los diseños más tradicionales, y, finalmente, el *flamenco* que podría definirse como una síntesis de los anteriores: estilizado como el inglés, trabajado como el francés y decorativo como el germánico. Conviene advertir, no obstante, que el importante papel decorativo desempeñado por los emblemas heráldicos en la vida cotidiana dio lugar a una diversidad tal de formas y estilos, muchos de ellos aún sin estudiar, que tratar de abrazarlos de una forma tan general resulta, cuando menos, arbitrario y aventurado.



Armorial inglés pintado hacia 1470.
Adviértase la característica estilización de
leones y veneras.

La ausencia del área ibero-occitánica en esta clasificación, prueba clara de la dudosa validez de esta clasificación, no puede achacarse, sin embargo, a una supuesta irrelevancia de nuestras armerías en el conjunto de todo el fenómeno heráldico, sino, más bien, a una falta casi absoluta de datos e informaciones al respecto. Hoy por hoy, la realidad de las armerías en la España medieval, su desarrollo, su protagonismo e influencia, sus tipologías y sus modas, son cuestiones que permanecen sin estudiar en toda su complejidad. Escasos son los repertorios de modelos publicados, pocos los estudios paralelos imprescindibles y, aunque abundan los curiosos, muy contados los investigadores que abordan toda esta problemática desde planteamientos realmente operativos en el orden histórico, artístico o sociológico.

Como una aproximación de urgencia, por tanto, y sobre la base de los pocos testimonios estudiados, caso de armorial de la Cofradía de Santiago de Burgos, puede afirmarse que, con anterioridad al siglo XIII, no existen unos caracteres propios y definidos. La sencillez de las representaciones, no exentas de cierta tosquedad en sus trazos y perfiles, es común a las del resto de Europa. Sin embargo, en los últimos años de esta centuria, con el estilo gótico-mudéjar de trasfondo, empiezan a desarrollarse ciertas peculiaridades. Las representaciones heráldicas, manteniéndose en su anterior sencillez, tienden hacia un realismo ingenuo, alejado de la estilización inglesa y del geometrismo francés y que no comparte las fantasías germánicas, como referencia a los grandes grupos anteriormente citados.

En la segunda mitad del siglo XIV se introducen en Cataluña, Navarra y Castilla, aunque aquí con menor intensidad, las modas heráldicas francesas. Son frecuentes así, por ejemplo, los escudos apuntados, las composiciones de escudos inclinados con yelmos y cimaras, etc.



Armorial francés pintado hacia 1440 y 1450. Obsérvese el peculiar trazado de las veneras, la estructura geométrica y la estudiada plenitud de sus figuras.

Figuras ligeras, almenas triangulares y huecos destacados, son algunas de las características que definen las representaciones del litoral mediterráneo peninsular en los siglos XV y XVI. Buenos ejemplos son los armoriales catalanes de García Alonso de Torres y de Steve Tamborrio, las cerámicas de Manises, Paterna y Málaga, etc.



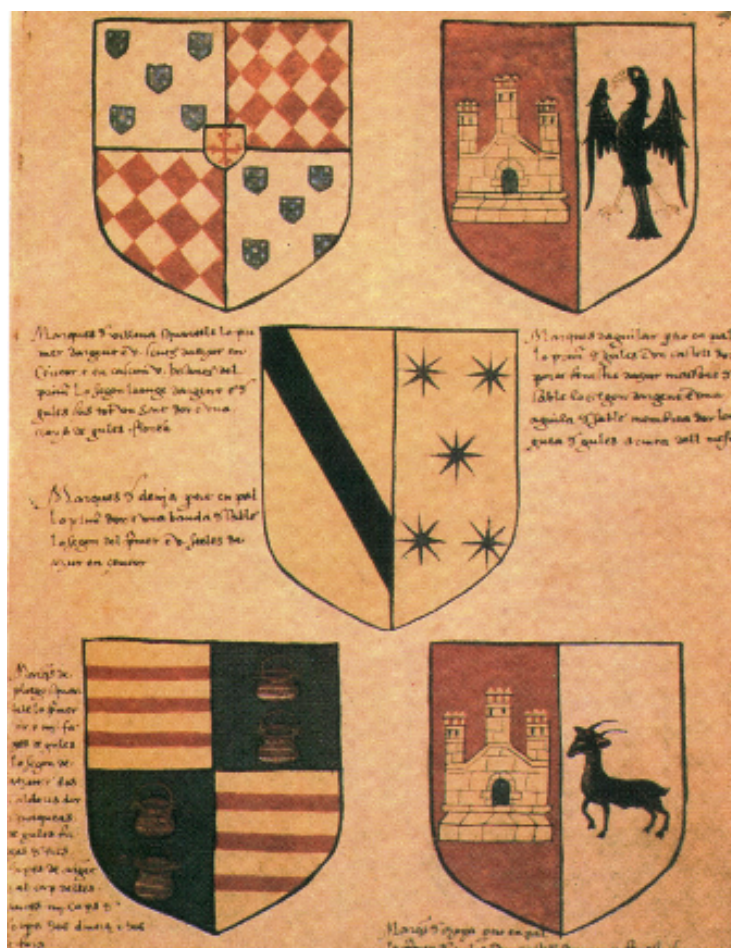
1



2

1. Anverso de la dobla de la Banda de Juan II. Se destaca en blanco la cimera, yelmo, lambrequines y escudo, apuntado y a la valona, modas heráldicas francesas introducidas en Castilla a partir de la segunda mitad del siglo XIV.

2. Ejemplo del estilo heráldico del litoral mediterráneo. Dibujo sobre cerámica de Manises con las armas de Doña María, reina de Aragón.



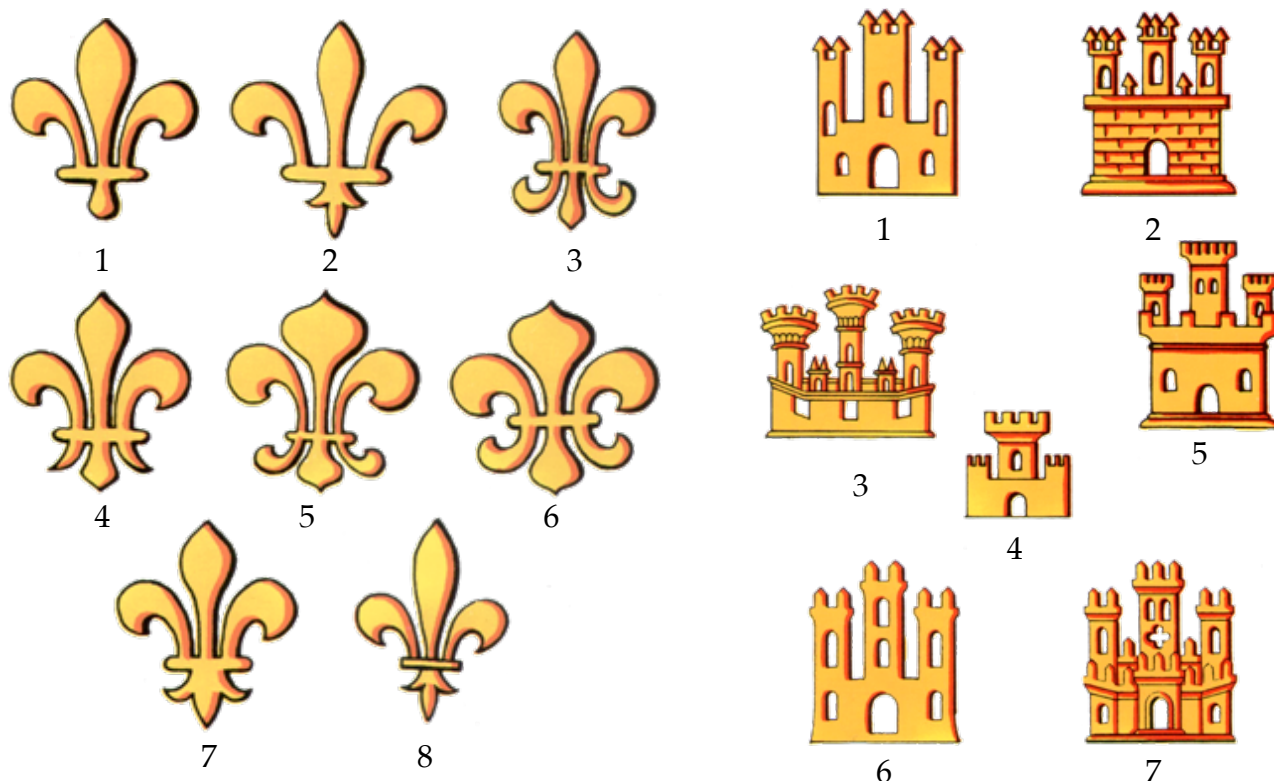
Armorial catalán, conocido como Armorial de Salamanca, datado por Martín de Riquer en torno a 1516-1519. La reproducción corresponde a la parte de Castilla e incluye las armas de los marqueses de Villena, Aguilar, Denia, Priego y Moya.

Reproducción del mismo Armorial. Aquí dedicado a los linajes catalanes: el trazado de las figuras nos sitúa ante el estilo heráldico mediterráneo y ante influencias no peninsulares, caso del león.

El cese de la transmisión visual de las armerías, derivado de un uso menos intenso de los emblemas heráldicos, dio lugar a que los artistas, pintores y grabadores dejaran de copiar y comenzaran a imaginar de acuerdo con sus propios criterios y fantasías. La falta de gracia e inspiración de las figuras, la torpeza y la pesadez de los trazados y la frialdad y monotonía de las composiciones serían, en contraste con los diseños anteriores, rasgos comunes a los nuevos estilos que se suceden a partir de la segunda mitad del XVI.

Aunque el Renacimiento ofrece aún valiosos testimonios del arte heráldico medieval, sus composiciones son ya sustancialmente diferentes. Característica es, por ejemplo, la presencia de armerías centrando todo un conjunto de ornamentos y adornos diversos, como guirnaldas de flores, tenantes, etc.

El barroco, por su parte, se define con unas manifestaciones más sugerentes. En general abundan las formas pretenciosas y exageradas en las que subyace más el deseo de impresionar que el de informar: multiplicación de cuarteles, lambrequines desproporcionados, collares e insignias de dignidad, etc.



A pesar de su aparente uniformidad, el trazado de la flor de lis ha experimentado una clara evolución: 1 y 2: trazado medieval; 3 y 4: frecuente en los siglos XVI y XVII; 5 y 6: trazado del barroco; 7 y 8: trazados actuales.

Las diferencias en el trazado de los castillos: 1 y 2: trazados medievales (s. XII-XIV); 3 y 4: trazados del s. XV; 5: trazado del XVI en adelante; 6 y 7: trazados medievales según los diseños actuales (J. Bugallal).

El león es, sin ninguna duda, una de las figuras cuyo trazado ofrece mayores posibilidades para la datación de armerías anónimas:

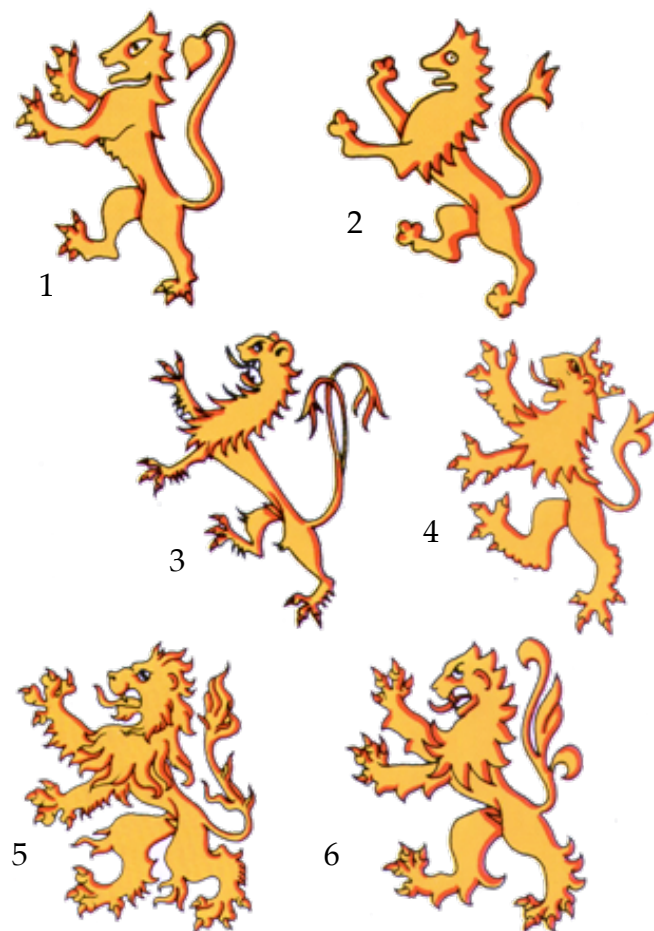
1 y 2: trazados medievales (siglos XIII y XIV).

3: trazado del siglo XV (área catalana).

4: trazado del siglo XV (área castellana).

5: trazado naturalista del siglo XVIII.

6: trazado actual (J. Bugallal).

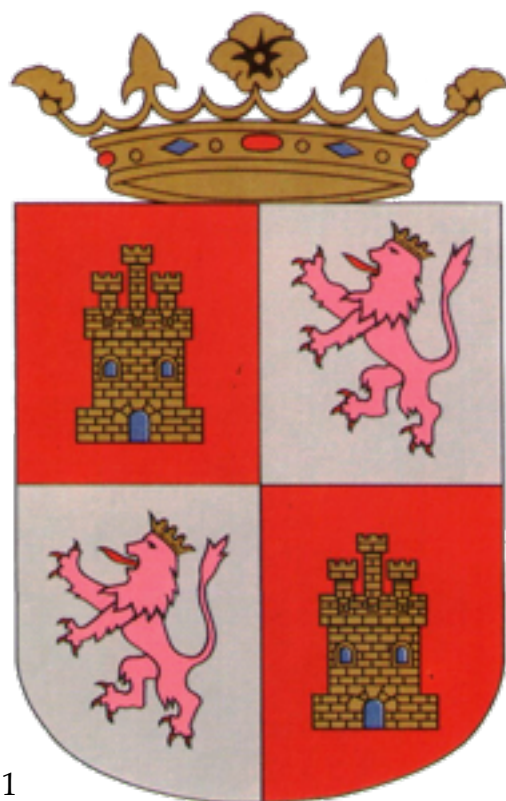


El siglo XIX supone el más acusado alejamiento del estilo heráldico original. Las figuras son muy pequeñas, los colores demasiado apagados y, en general, se tiende a un naturalismo exagerado carente de toda estilización.

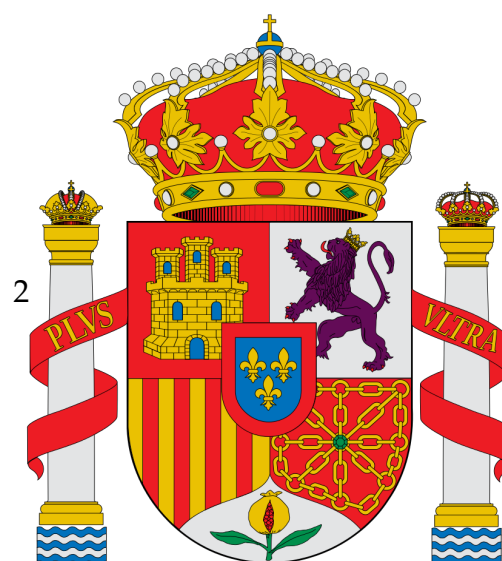
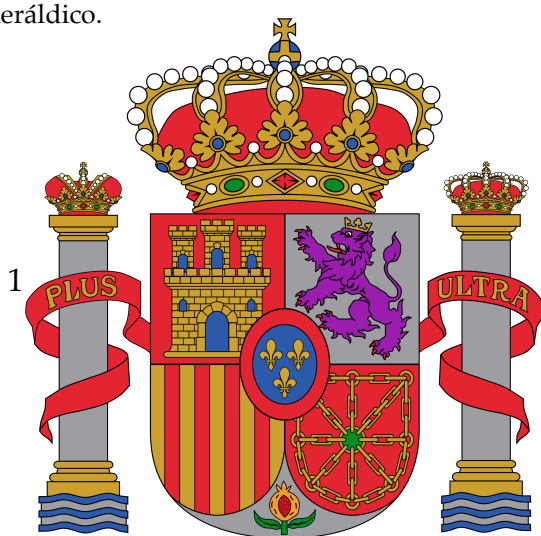
Las tendencias actuales, por fortuna, buscan un punto de unión con el más puro estilo medieval. Hay una progresiva atención a los testimonios conservados, se estudia el trazado, la estilización, la talla y la disposición de las figuras y, sin olvidar su valor decorativo, las composiciones buscan más y más la sobriedad de elementos y formas.

Estas tendencias, sin embargo, no tienen en la realidad el reflejo efectivo y generalizado que sería deseable. Lamentablemente es frecuente ver en España, y rara vez en el extranjero, composiciones heráldicas en las que el trazado, la estilización y la talla de sus figuras y formas poco tienen que ver con las más elementales recomendaciones del diseño heráldico tradicional. Podrían citarse una lista interminable de ejemplos, desde el escudo oficial adoptado por algunas autonomías, hasta el mismo Escudo Nacional, sin olvidar los que representan algunos organismos oficiales, instituciones, unidades militares, etc.

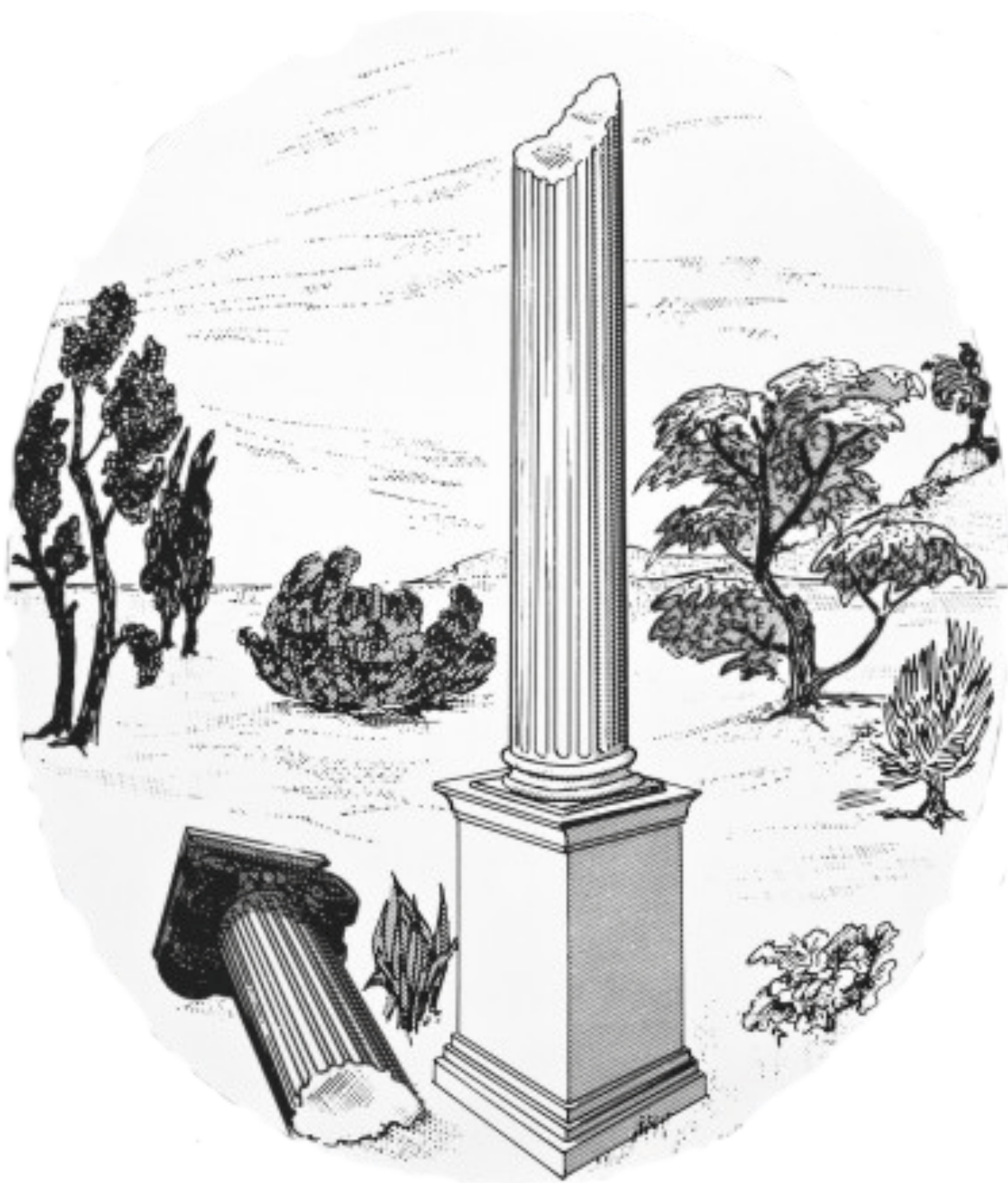
Salvo muy contadas excepciones, es común concebirlos más como logotipos que como emblemas heráldicos propiamente dichos; grave error que, en muchos casos, impide corregir la falta de estilización y de plenitud de sus figuras, el desequilibrio de las composiciones, etc.



Quizá unos de los ejemplos más expresivos de lo que es un mal estilo heráldico actual, que debería corregirse, nos lo ofrece el Escudo Oficial de Castilla y León (1). Obsérvese su alejamiento de la estilización heráldica tradicional, la falta de plenitud y gracia de su trazado, y compárese con una réplica (2), también actual, pero acorde con los dictados y recomendaciones más elementales del diseño heráldico.



1. Escudo de España oficial: se mantiene el escusón (ovalado) de Reina (época de Isabel II).
2. Lo correcto heráldicamente, al ser barón el reinante.



(Seguiremos en el número VII)

